

Tribuna anarquista

Sindicalismo y Anarquía

Es bueno de cuando en cuando tocar puntos, que no por muy discutidos están mejor aclarados. Sindicalismo y anarquía, son tan distintos en sus puntos de partida y de llegada, que parece imposible que reine entre ellos confusión alguna, y no obstante cada día se discute más y se mezcla lo que por su mismo carácter, estado y naturaleza, no pueden hallarse tan mezclados. Anarquía es un ideal que abarca el progreso del hombre a través de los tiempos; ideal de libertad que va conquistando, a medida que la ciencia del hombre avanza; en relación con la cultura y los sentimientos modificándose, mejorándose.

El anarquista no es solamente partidario de una revolución político-social, sino algo más, pues que es un individuo movido por un ideal que no comprende un programa concreto y definitivo para la felicidad del mundo, al modo del comunismo, del socialismo o del sindicalismo, sino una energía al servicio del progreso; ahora y mañana; en éste y en aquel sistema; de hoy y de todos los tiempos.

El anarquista es un tipo nuevo sobre la vida de la especie. Es el que hace punta en el sentido de un nuevo ritmo; que adopta por decisión consciente la condición de ser un constante revolucionario, un innovador perenne, frente a la generalidad de los hombres que son conservadores por naturaleza, hasta cuando parecen más progresivos, como le sucede a los comunistas, por ejemplo.

La posición real de un anarquista, es la de un hombre subiendo una escalera que, partiendo del concreto presente, de una base real, se proyecta sobre el futuro en una sucesión de escalones, no reducible a un número dado, como no es reducible la vida. Cuando comparamos un escalón a un sistema, una realidad social, tenemos el ejemplo vivo de la actividad anarquista. El hombre de tal idealista, pugna por llegar a un escalón, y va subiendo hasta él con toda su fuerza; y cuando se afirmó en uno, ya está moviendo uno de sus pies para elevarse y afirmarse en el escalón siguiente, y así sucesivamente.

El anarquista posee un ideal de renovación y superación constante, sabiendo que la libertad plena del hombre, está lejana; pero que debe ir él, en la medida de lo posible, siendo cada vez más libre. Por eso, todos los cambios, de avance, en cualquier orden, lo hallan al anarquista con los tiempos nuevos y nunca con los viejos. El anarquista no tiene nada que conservar del pasado. No espera nada de lo que fue o es, y lo confía todo al porvenir. Nunca dice que esto o lo otro que quiere hacerse, está mal. Todo lo contrario: Para volver a lo anterior—dice—siempre hay tiempo; siendo, por lo tanto, partidario de todos los cambios; de todas las innovaciones, de todos los ensayos. Los anarquistas están siempre en el extremo de las fuerzas de avance. Tomemos un ejemplo, ahora, en España y Chile, ya que se ha producido en esos países la revolución. La posición de los anarquistas en esos países, está en el extremo de los cambios que pueden ser operados en sus respectivos medios. En primer término, jamás aceptarán volver a las condiciones anteriores al cambio operado políticamente. A pesar que el anarquista no hace distinciones mayores en cuanto a sistemas políticos, a gobiernos, siendo como es enemigo del principio de autoridad, y no de un sistema dado de autoridad, no aceptará, sin jugarle entero en la lucha, que vuelva un dictador a Chile o la monarquía a España. Un progreso se ha operado en eso, y no quiere perderlo el anarquista, aunque para él particularmente, tan tiránico resulte el sistema monárquico como un sistema republicano. Dado que el anarquista representa la revolución individualmente como en una organización colectiva, una modificación por pequeña que sea no quiere perderla, no admite la vuelta hacia lo que fue, sino que impulsa a la humanidad hacia adelante, hacia lo nuevo, hacia lo desconocido aún.

No sabemos si hemos expresado claramente lo que es la Anarquía—sentido de innovación y de progreso constante del hombre, que se va traduciendo en una libertad cada vez mayor; ya no para unos cuantos, sino para toda la especie.

Consideraciones

Ahora bien, el sindicalismo, es otra cosa. Es un sistema dado de organización de la vida, de la vida económica especialmente, que tiene como objetivo básico la supresión de la explotación del hombre por el hombre. Su carácter virtual, es tal, y no otro alguno. Y en tal sentido, está en el camino de las realidades de futuro que el anarquista trabaja. Estoy seguro que no hay anarquista que pueda negarse al sindicalismo, cuando éste éste dirigido hacia finalidad tan libertaria como es acabar con la explotación patronal. Lo que hay de malo, es que se cree que el sindicalismo, puede dar al hombre una personalidad nueva, un sentido de infinito progreso o de revolución perenne como da la anarquía; o que es cosa amplia que comprende un ideal, cuando no es más que un sistema de realización casi inmediata. El sindicalismo, no va más allá de aceptar la realidad económica tal cual es en sus efectos de producción y medios de distribución (con excepción de ciertas actividades suicidas que hoy se realizan y que el sentido común más elemental impone su supresión) y por medio de un entendimiento solidario de los productores, hacerse cargo del trabajo social para beneficio de todos, y para gloria y satisfacción de unos cuantos. Una organización funcional, que suprime al capitalista, no necesario para la vida activa de la sociedad, sino su estorbo y obstáculo mayor.

El sindicalismo, por lo tanto, es un sistema de hechos económicos, que está en el camino de la anarquía, que es uno de los tantos escalones que hay que subir, de las tantas etapas que se desea alcanzar, para seguir más arriba en otros órdenes de cambios, de revoluciones, de progresos.

Tan es así, el sindicalismo, que nosotros los anarquistas, no tendríamos inconveniente alguno en trabajar para la sociedad, integrando cualquiera de los sindicatos de función, de la alimentación, del transporte, del vestido, de la construcción etc., durante dos o tres horas, si a cambio de nuestra labor, se nos concede el derecho de utilizar los medios económicos que nos son necesarios a nuestra vida, dejándonos las 21 ó 22 horas restantes a nuestro albedrío, sin ejercer mandatos, ni imperativos de ninguna clase sobre nosotros; en el buen sentido de que a nuestra vez, viviremos libres, sin interferir la órbita de los demás, sin privar de la libertad, tan necesaria a la vida de los otros, como a nuestra propia vida.

Es conveniente, pues, no confundir Anarquía con Sindicalismo. En los lugares del trabajo, somos sindicalistas, como lo somos en todas las cosas que se relacionan con los problemas económicos vigentes; pero en tantas otras horas que no son las del trabajo, en tantos otros momentos de nuestra existencia en que no es lo aprendiente el pan, somos anarquistas, somos revolucionarios en la cultura, en las creencias, en el arte en la ciencia, etc., etc.

José TATO LÓRENZO

¿Avance o retroceso?

Reconocimiento, para ser democrata, no se precisa ser estudiante de los decálogos o preceptos que nos ofrece la democracia. Muchos democratas nos convencen con sus ideas poco desvirtuadas, pero que influyen ciertos recelos, usdo el origen de su naturaleza. No todos los que se fijan en el espejo deteriorado de nuestra vida social se desvirtúan tal como dicen estos preceptos relacionados con la doctrina de «marzas». Esta doctrina, mal entendida, juega en la vida con relación al estudio que verifican sus feligreses.

Pocas personas se han destacado por sus ideas puramente socialistas; primero, porque se niegan rotundamente a reconocer otros ideales de más pura trascendencia, y últimamente, porque se obligan unos a otros a comprobar sus intenciones, colaborando sin fundamento y originando con la soberbia—siempre manifestada—los desarríos de una doctrina bien enjuiciada. Esta doctrina, bien enjuiciada en sus tiempos, pudo traernos algún provecho, pero, en el siglo que nos hallamos, poco productivo puede traernos, porque los hombres van convencidos y encaminados hacia la destrucción de todo lo que denote política o relación gubernamental.

No es un absurdo, como pregonan los socialistas, la desaparición del gobierno y del capital; no es una cosa tan complicada como parece. Mientras el hombre siente las opresiones, tanto en su cuerpo como en la parte intelectual, tiene que lamentarse con exigencias, porque le impiden su desenvolvimiento real en nuestra vida ficticia. Y el hombre quiere avanzar, no por el hecho de avasallarse con repugnancia bajo las plantas del potentado, no; el hombre quiere ilustrarse con relación a sus facultades con libertad positiva, porque quiere el gozoso su vocación al estudio. La libertad del estudio no es peligrosa para los seres, como comprenden muchas personas; el hombre debe atender a los ruegos de su conciencia, no conducible por el criterio de los demás.

Si al joven que al iniciar unos estudios no le repugnan las condiciones de su tratado, debe someterlo, porque deriva de su propia naturaleza, porque hace juego con sus deseos, siendo estimables todos los conocimientos para su propia ideología. Por el contrario, si estos estudios son repugnantes y obran mal en su juicio, la inteligencia no se descubre tan fácilmente para dejarle paso a su desarrollo. Quiere la inteligencia lo que le agrada, lo mismo que el corazón ama con relación a su agrado.

Los pesimistas suelen decirnos cuando exponemos nuestro criterio: «Si en el estudio verificara la inteligencia estos deseos, la humanidad se dislocaría, siendo ignorante, porque los seres no se cultivan por sus propias condiciones; porque le obligan a conocer lo que desconoce.»

«Esto es una forma de combinar el enjuiciamiento de las ideas?» ¡Oh, pobres tradicionalistas! Nunca llegaréis a comprender el hecho histórico de la conclusión y de la transformación de las cosas.

FAUSTINO GOBEY

Meditaciones

Hablamos de la revolución; de la miseria, de la explotación de los vividores, de los tiranos, del despotismo de los gobiernos, del clero, de Dios...

Hablamos de todo, y queremos, en teoría, acabar con todos los males, matando a todas las figuras que encarnan este mal humano y olvidamos, ¡jamás!, que el enemigo está en nosotros mismos.

La revolución tenemos que hacerla en nosotros. Yo, antes de quererla hacer en los demás. La miseria está en nuestro propio espíritu de miseria. La explotación radica en nuestro feroz interior, con la misma mayor intensidad que el tirano más grande. Somos déspotas, somos clericales; somos dioses. ¿Quién sostiene al despotismo, sino la esclavitud? Si el esclavo no tuviese espíritu de tirano, ¿cómo podría admitir su situación degradante de paria? Si no fuese clerical y llevase dentro un dios, ¿cómo se concibe que a pesar de su facultad libre de obrar, contribuya a soste-

ner a la clerigalia y a los dioses?

Quiere matar al sacerdote y va a casarse por la Iglesia, bautiza, entierra, confiesa, comulga, manda a sus hijos a los frailes y a las monjas. Pero esto no sería nada si se llamaran por sus nombres. Lo peor es que se llaman librepensadores, anticlericales, sindicalistas y... ¿lo digo?, hasta anarquistas. De aquí la farsa. La etiqueta es lo más falso que existe. Cuando un individuo me empieza a decir que es aquí y allá, tengo la seguridad que es todo lo contrario, aunque él no lo sepa. Porque ocurre con muchísima frecuencia que muchos son anarquistas sin saberlo, y otros creen que lo son y están en la acera de enfrente.

Las ideas tienen que encarnar en lo más hondo del sentimiento. Se ha de hacer sentir placer por el bien a los demás y se ha de tratar a la miseria a puntapiés. Esto es: No hay que mirar de lo que se dispone y si mañana habrá o no habrá. Sólo hay que ser del momento, con la vista fija en la

LA ANARQUIA

La palabra *anarquía* viene del griego y significa propiamente *sin gobierno*, estado de un pueblo que se rige sin autoridad constituida, sin núcleo gobernante.

Antes de que tal organización principiese a ser considerada como posible y aceptable por toda una categoría de pensadores, y tomada por bandera de un partido que es actualmente uno de los factores más importantes en la moderna lucha social, la palabra de que hablamos era empleada en el sentido de desorden y confusión, y aun hoy es usada en el mismo sentido por la masa ignorante y por los adversarios que tienen interés en desfigurar la verdad.

No entraremos aquí en discusiones filológicas, porque la cuestión no pertenece a la filología, sino a la historia. El sentido vulgar de la palabra no tiene nada que ver con su sentido verdadero y etimológico, aunque, indudablemente, es un derivado bilingüe del prejuicio de que el gobierno es un órgano necesario de la vida social y que, por tanto, una sociedad sin gobierno sería sin cesar presa del desorden y oscilaría entre la prepotencia desenfrenada de los unos y la venganza ciega de los otros.

La existencia de tal prejuicio y su influencia en el sentido que la generalidad de los hombres han dado a la palabra *anarquía*, explicase fácilmente.

El hombre, como todos los seres vivos, se adapta o acostumbra a las condiciones en que vive, y transmite por herencia los hábitos adquiridos.

Así como nace y crece en la servidumbre y es el heredero de una larguísima prole de esclavos, el hombre, cuando principia a pensar, cree que la esclavitud es condición esencial de la vida, mientras parece imposible la libertad.

por siglos y siglos y hasta habituado a esperar el trabajo, es decir, el pan, de la buena voluntad del patrón y a ver su vida siempre a merced de los poseedores de la tierra y del capital, ha concluido por creer que el patrón es quien le da de comer, y se pregunta, naturalmente, cómo podría vivir sin el burgués.

Esto es lo mismo que si, no obstante haber nacido con las piernas atadas, encontrásemos un medio cualquiera de andar y achacásemos la facultad de movernos precisamente a aquellas ligaduras que no hacían otra cosa que disminuir y paralizar la energía muscular de nuestras piernas.

Por consiguiente, si a los efectos naturales de la costumbre, se agrega la educación del burgués, del cura, del maestro, etc., interesados en predicar que el gobierno y el burgués son necesarios, si se agrega la presión del juez y del polizonte, esforzándose siempre en reducir al silencio al que de otra manera piensan y trata de propagar sus ideas, se comprende cómo ha podido hacer presa en el cerebro poco cultivado de la masa laboriosa el prejuicio de la inutilidad y la necesidad del gobierno y del burgués.

Imaginémonos que, en supuesto caso de tener ligadas las piernas, un médico nos expone toda una teoría y mil ejemplos hábilmente inventados para convencernos de que con las piernas en libertad no podríamos andar ni vivir; defenderíamos con rabia nuestras ligaduras y tendríamos por enemigo al que tratase de cortárselas.

Por esto, como se cree que el gobierno es necesario y que sin gobierno sólo habría desorden y confusión, es natural, es lógico

que la anarquía, que quiere decir ausencia de gobierno, suene a ausencia de orden.

El hecho tiene, por otra parte, su explicación histórica. En el tiempo y en los países en que el pueblo creyó necesario el gobierno de uno solo (*monarquía*), la palabra *republica* (gobierno de varios), fué siempre empleada en el sentido de desorden y confusión, hasta el extremo de que este sentido aun se conserva vivo en el lenguaje popular de casi todas las naciones.

Modifiquense las opiniones, convéncense a las gentes de que el gobierno no sólo no es necesario, sino que hasta resulta dañoso, y entonces la palabra *anarquía*, por lo mismo que equivale a ausencia de gobierno, significará para todos: orden natural, armonía de intereses y necesidades de todos los seres, libertad absoluta en la absoluta solidaridad humana.

Sin embargo, personas hay que dicen que los anarquistas hemos escogido mal nuestro nombre, porque éste es comprendido de un modo erróneo por la masa y se presta mucho a una errónea interpretación. El error no depende de la palabra misma, depende de la cosa, y las dificultades con que tropiezan los anarquistas en la propaganda, no dependen del nombre que se han dado, sino del hecho de que aquí va contra todo prejuicio inveterado que tiene el pueblo en las funciones gubernamentales, o como generalmente se dice, sobre el Estado.

Antes de seguir adelante, bueno será que nos expliquemos acerca de esta última palabra, la cual, en nuestro concepto, es causa verdadera de muchas confusiones.

¿Avance o retroceso?

Todo se mueve y agita en nuestros días con afán de avanzar y hacer avanzar el carro del progreso.

Mas, una buena parte de los movimientos y agitaciones que, tal vez con buen fin, llevamos a cabo, lejos de significar un avance para nosotros, los anarquistas, equivalen a un lamentable retroceso.

¡Pesimismo! No. Más bien, una más o menos clara visión de las cosas.

Por doquiera, se repite el mismo clamor: basta trazar, de que es preciso organizar grupos anarquistas internacionalmente federados, para colocarnos a la defensiva y ofensiva del trustificado bloque capitalista, que amenaza aplastarnos a todos. Muy conforme. Pero ¿pregunto yo al realmente sentimos la gran necesidad de unirse con lazo fraternal los anarquistas del orbe entero para echar abajo el siempre insalvable edificio capitalista, ¿por qué pesimistas en fundar tantas Internacionales anarquistas si todos convergemos en un mismo punto y perseguimos el mismo fin?

¿Acaso no es posible echar abajo las insignificantes diferencias de concepción, de técnica y visión que cual infranqueables y billardadas barreras nos dividen, para formar, todos juntos, una sola Internacional, en la que, practicando un poco la tolerancia que tanto aconsejamos a los otros, actué cada uno en el radio de acción que más de acuerdo se halle con su manera de ser, sin pensar siquiera en obstaculizar el desenvolvimiento de los otros individuos que en la lucha empleen otras técnicas diferentes, pero igualmente libertarias? Creo que sí, si pensamos que antes que individualistas, colectivistas, comunistas, antibelicistas, etc., somos *Anarquistas*.

Y no es, ciertamente, a proponer la fundación de otra Internacional a lo que yo he venido a estas columnas hoy; sino a rogar a los libertarios del mundo pertenecientes a las muchas ya existentes, que debemos fusionarlas todas en una sola, en vez de seguir como hasta ahora, propa-

única verdad: la idea. A este sentimiento se le llama deber de solidaridad.

En el estudio de uno mismo y en el de los demás se pueden sacar muy buenas enseñanzas. El nombre no hace a la cosa. Ni las palabras son nada sin las obras.

Con el mismo nombre, he visto procedimientos opuestos, y yo he dado el nombre por el procedimiento.

No hablaré de personas determinadas, pero yo he visto, he hablado, he tratado a individuos que tenían y tienen la manía de que son anarquistas (hay locuras de muchas maneras), y sin embargo, el uno es jesuita y el otro, un guardia civil sin uniformes. *Absoluta, vanidoso, egoísta, lacayo*. Sólo tienen la afinidad del egoísmo, del espíritu miserable.

La revolución empieza por nosotros mismos.

Acabemos con el jesuita, el burgués, el viduador, el tirano, el despotismo del gobernante, con el clero, con el dios que está dentro de nuestro espíritu, y atejemos de nuestro lado a los que nos consta que son unos farsantes. Estudiemos, estudiando a los demás, habremos hecho una verdadera revolución.

La experiencia nos debe de haber enseñado muchas cosas.

Por lo menos, tenemos un deber de conocer a los hipócritas, empujando por matar nuestra propia hipocresía. Y antes de dar un cargo representativo a un individuo, repasemos muy bien su obra meritosa. No nos baste el nombre, ni sus palabras, más o menos bien expresadas. Mírenos con los rayos X su fondo, su propia entraña. Su moral. Su sentimiento. Sus obras.

Los frailes, los jesuitas, los hipócritas, tienen su puesto, muy lejano de nuestras organizaciones.

Momentos son éstos muy importantes para que cada uno haga su revolución. Conozcámonos cada uno a sí mismo, que en la historia de todos los países, no ocurrió ocasión como por la que atraviesa España.

El hombre que llega a conocerse, jamás tiene desengaños ni lo engaña nadie. Camina solo y va con los demás. J. MALO

gando cada cual en favor de su propia capilla, y en contra, muchas veces, del propio ideal anarquista.

De lo que acabo de afirmar da buena prueba el artículo *Los problemas de la organización anarquista*, publicado en estas mismas columnas, en el número 20, y firmado por la minoría de la U. A. C. R.

Empiezan ya en el primer párrafo por calificar al anarquismo de *doctrina científica y sistemática*, y siguen en el segundo, afirmando la gratuita e imprudente afirmación de que nada hemos hecho por llevar a la realización las ideas que los Kropotkin y Bakounin nos legaron, (como si la propaganda bien encaminada que se ha hecho y los frutos que ella ha dado y sigue dando, no fueran nada). ¿Crees estos compañeros pesimistas que porque en Francia (lugar en que hoy se hallan), la inmensa mayoría de compañeros no hayan hecho durante los últimos cuatro lustros más que enviejarse tirándose chiflitos mutuamente, en los demás países se ha hecho lo mismo?

Y a continuación, pretenden que venzan los renegados *comuneros* a engrosar las filas anarquistas, aunque sea a trueque de que las organizaciones ácratas retrocedan un algo, a fin de que los mentados renegados no tengan que evolucionar tanto.

Todo eso de que antes hago mención y lo que *estamos faltos de un método práctico que sintetice al presente y al porvenir*, así como su insistencia sobre la necesidad de que *después del período de Kropotkin, idéicamente, es obligado establecer un programa*, ya que si la revolución rusa del 17 fracasó *fué por la ausencia de un programa concreto de los anarquistas*, todo esto, repito, deja ver la tenencia reformista que los firmantes del citado escrito ostentan e intentan infiltrar en los medios libertarios.

Los anarquistas no necesitamos elaborar programas ácratas que serían la adquisición de nuestros caros ideales, porque cada uno de nosotros sabe poner en práctica el comunismo libertario al día siguiente de la revolución social, sin necesidad de imponerlo a sangre y fuego, teniendo siempre en cuenta el medio ambiente que en dicho momento le rodea a cada individuo o grupo libertario.

Los programas, anticuados todos, porque no se puede prever el desarrollo y caer que un movimiento revolucionario puede tomar, pueden ser útiles a los partidos —o a sus jefes, mejor dicho—políticos, porque no evolucionan, ya que sus hombres sólo aspiran a gobernar, y su programa sólo consiste siempre en un sinnúmero de promesas que de antemano saben no podrán cumplir; pero de nada pueden servir a una idea innata en todo ser humano que, por arrancar de la naturaleza, no necesita más que libertad para que la Humanidad toda pueda vivir.

No somos, precisamente, los anarquistas quienes debemos retroceder para rogar a los renegados *botebehevichs*, sino que son ellos quienes deben evolucionar hasta llegar a nuestro nivel, si realmente sienten alguna simpatía por los anarquistas ideales. Pues nosotros no retrocedemos jamás, aunque tal digan los anticristos en cuestión, ni aun ante los más sangrientos embates de la repugnante reacción.

Y si pretenden preparar el terreno para erigir una nueva Internacional, debo declarar que hasta ya de Internacionales anarquistas; porque si seguimos teorizando sobre la necesidad de organizarnos, y en lugar de adherirnos a las organizaciones ya existentes organizamos otras nuevas frente a éstas, lo que habremos hecho será dividir, en vez de multiplicar.

Yo desearía que, en vez de existir tanta Internacional libertaria, se fusionaran la I. J. A., las Internacionales Esperantistas Antifascistas, el Bureau International Antimilitarista, la proyectada F. Anarquista Internacional y los de la Plataforma—haciendo éste, antes, dejación de su tendencia neo-reformista—, y hacer de ellas, que muy bien podría ser la I. J. A., una sola Internacional anarquista, a la que estuviesen adheridos todos los organismos e individuos de todos los países y tendencias que luchan por la fundación de la humana sociedad libertaria con que soñamos.

RENE PROGRES

La palabra Estado se usa, por ejemplo, con frecuencia para indicar una determinado territorio, formando lo que suele denominarse un cuerpo moral, independientemente de la manera de agruparse y entenderse de sus miembros.

Usase también sencillamente como sinónimo de sociedad, a causa de cuyo significado creen nuestros contrarios, o fingen más bien creer, que los anarquistas queremos abolir toda relación social, todo trabajo colectivo, y reducir al hombre al aislamiento, esto es, a una condición peor que salvaje.

Asimismo se entiende por Estado la administración suprema de un país, el poder central diferente del poder provincial o municipal, y por este otro sentido se firman que los anarquistas queremos una simple descentración territorial, dejando en tal estado el principio de gobierno, y confunden de ese modo la anarquía con el comunismo o con el cantonalismo.

Estado significa, en fin, condición, manera de ser; régimen de vida social, etc.; y por esto decimos, por ejemplo, que es preciso cambiar el estado económico de la clase obrera o que el estado anárquico es el único estado social fundado sobre la base de solidaridad, y otras frases por el estilo que, en nuestros labios, ya que por otro lado decimos que aspiramos a la abolición del Estado, pueden a primera vista parecer paradójicas y contradictorias.

Por estas razones opinamos que es conveniente emplear lo menos posible la expresión *abolición del Estado*, y reemplazarla por esta otra, más clara y más concreta: *abolición del gobierno*.

De todas maneras, esto es lo que hacemos en el curso del presente trabajo.

Enrique MALATESTA